

Carolina Lozano

Diabólica



Transcurría la segunda mitad del siglo xv, cuando el diablo más influencia tenía sobre el mundo conocido y la salvación estaba en las doctrinas de la Iglesia, el bien y el mal pugaban por hacer suyas cuantas almas se extendían por la tierra. Y tres de las más puras de ellas, iban a ser empujadas a un destino funesto por la fuerza de su inocencia. Pues Adrianne, Gaspard y Kartal confiaron en un Dios que no estaba allí para escuchar sus ruegos y sus promesas.

Así fue como Adrianne, la más pura de las almas de aquella época, una joven que jamás había conocido la maldad, se vio empujada a entregarle su alma al Maligno para salvar a quien amaba.

Porque el corazón humano es frágil, y el Demonio siempre está listo para atrapar las almas inocentes abrumadas por la pena; el pueblo de Rocamour iba a ser testigo de su malevolencia, y no todos sobrevivieron a ella.

La salvación estaba en manos de una doncella que había nacido pura... pero ya no lo era.

¿Pues acaso puede triunfar el amor, cuando el maligno lo atormenta?

—Prólogo de la autora—

Diabólica es una de mis obras más queridas, que apareció, además, de forma inesperada. Todo ocurrió el verano de 2.008. En un principio, y pese a no tener intención de idear ninguna historia nueva puesto que todavía tenía que acabar la saga de La Cazadora y tenía varios proyectos en el tintero, ya sabéis lo que sucede con la imaginación, que no se puede controlar. Cuando surge puedes hacer dos cosas: ignorarla o tomar notas. Y yo, por supuesto, tomé notas.

Fue una suerte que llevara una libreta encima. ¿Por qué? Pues porque estaba haciendo el largo Camino de Santiago y todo peso extra es una losa a la espalda. Pero yo no voy a ningún sitio sin un libro para leer y una libreta para tomar notas, aunque tenga que recorrer 800 kilómetros a pie.

La historia de Diabólica no tiene en realidad conexión con el Camino de Santiago, pero fue un viaje inspirador. El guión para Diabólica empezó a tomar forma en mi mente mientras atravesaba los desiertos parajes de La Rioja, con el brumoso amanecer todavía oscuro. La música que escuchaba aquellos días para amenizar el camino, la que podréis encontrar en el apartado de Banda Sonora, hizo el resto. En esos momentos, con amplios campos vacíos y el lejano perfil de las montañas ante mí, el paisaje desprendía una serena paz, una melancolía placentera que hablaba de soledad. Una soledad dulce, que me llevó a pensar en un personaje que pudiese sentirse solo pero dichoso a un tiempo, y así nació Adrianne: Una joven sola en los cami-

nos, apartada del mundo pero en paz consigo misma. Es como si pudiera ver a Adrienne caminando a nuestro lado, en el camino, pasando de largo sumida en su atractiva oscuridad llena de sonidos extraños.

Cuando leáis el libro, entenderéis lo que os he explicado...

«El diablo solo persigue a los buenos y no a los malos, porque estos son sus amigos y hacen siempre su voluntad». (S. Cesáreo de Arnés, Serm. 10, sent. 2, Tric. T. 9, p. 44).

—Prólogo—

Ésta es la historia de tres promesas que iban a servir al Mal para hacer suya el alma más pura de esta tierra. Tres juramentos que, hechos por amor, ofrecidos ante Dios, llevarían a los habitantes de un pequeño pueblo del sur de Francia a conocer cuál era la verdadera esencia del Mal, y cómo podía éste extenderse como una peste sobre la tierra. Porque las tres personas que hicieron aquellas promesas eran buenas, puras y piadosas, pero el Mal tiene la capacidad de extender sus largos dedos hacia todo aquello que ansía. En aquellos tiempos que rondaban al año 1450 todos creían en la existencia del Mal, pero pocos lo conocían tal como en realidad era. ¿El Demonio? Ah sí, el Demonio era el Mal. Pero sus manifestaciones estaban más allá de lo que era capaz de adivinar la imaginación popular de aquella y cualquier era.

Tanto es así que el Mal, astuto y envidioso, consiguió robarle a Dios a la joven más pura, gentil y candorosa de cuantas existieron en aquella época. Muchos dijeron entonces que la semilla de lo maligno ya crecía en su interior, que estaba predestinada a caer en la tentación, pero no había nada menos cierto que eso. Y los que así hablaban lo hacían por temor, pues si el Mal había conseguido atraparla a ella, qué no haría con las gentes normales que no poseían su pureza.

¿Pero cómo pudo entonces el Mal apoderarse de la más angelical de las criaturas del señor? Pues a través de una

promesa. Una promesa hecha por amor, que es el mayor don y el mayor mal de los hijos de Dios en esta tierra.

Muchos se preguntaban por aquel entonces qué era el Mal, pero solo algunos encontraron la escalofriante respuesta. No todos, en verdad, sobrevivieron a ella.

Pues la salvación estaba en manos de una joven que había nacido pura... pero ya no lo era.

—Capítulo 1: Una promesa

Cuentan que la primera de aquellas tres promesas, bienintencionadas pero funestas, que iban a traer la desgracia a muchos fue hecha en el año 1450 de Nuestro Señor. En aquella época la ciudad de Calhors era un gran núcleo civil al sur de la patria franca, un enclave de gran poder económico que atraía a gentes diversas: poderosos dirigentes, como el Conde de Calhors y tío de Kartal; nobles de aquella remota y vívida región de la patria franca, como la familia de Adrianne, y a los grandes maestros artesanos, como el padre de Gaspard. Eran aquellos unos tiempos salpicados de las más truculentas maldades, y numerosas desgracias en forma de guerras, pestes, señores crueles, e inviernos todavía más letales... la mano del Demonio se extendía sobre toda la cristiandad. La Iglesia era el único refugio para los desvalidos hijos de Cristo, y sus promesas de eterno descanso la última esperanza para unas gentes que poco conocían de la felicidad. Eran tiempos difíciles, y oscuros.

Pero justo en aquella época aciaga, en aquel pequeño reducto cubierto de brumas y protegido por las montañas, había una pequeña luz que destellaba en el mundo tenebroso como un rayo de luz en un día tormentoso. Una llama de virtud y gracia que alejaba la oscuridad, llamada Adrianne. Adrianne de Beaumont, la criatura más pura, bondadosa y caritativa de toda la ciudad. Contaba en aquellos tiempos con nueve años, y ya era hermosa entonces; la beatitud, dicen, dota a las personas de un aura especial.

La niña no era rubia, como solía representarse a los ángeles, sino que poseía una larga cabellera del color del palisandro indio y unos ojos de cervatillo del color del nogal. Siempre la acompañaban una expresión serena y amable y una sonrisa en los labios, y era capaz de arrancar otra risa incluso al más cascarrabias de los viejos de Calhors. Todos amaban a la pequeña Adrienne, desde la casta noble a la que pertenecía hasta los más pobres labriegos de la ciudad, porque era capaz de penetrar en todos los corazones.

Y si había dos corazones rendidos a la magia de aquella niña, eran los de Kartal y Gaspard. Kartal era un muchacho silencioso y solitario, sobrino del Conde de Calhors. Su noble origen era valaco, pues había nacido en aquella región, la gran puerta hacia Asia. Un lugar oscuro, siniestro, donde el Mal, se decía, campaba a sus anchas. Su madre, hermana del Conde y desposada con un príncipe seguidor del rey Vlad II, había huido de allí con Kartal cuando todavía era un bebé de cuna para regresar a su Francia natal. Jamás habló de cuanto había visto en Valaquia, pero dedicó sus últimos años de vida a inculcar en su hijo el amor por la Iglesia y la fe en Dios. Kartal aprendió cuanto pudo enseñarle su madre, y quizás fue el sufrimiento de ésta lo que le convirtió en el chico maduro y reflexivo, quizás demasiado taciturno, que era para su edad. Tenía catorce años entonces y una belleza oscura, diferente a la luminosa naturaleza mediterránea que no había heredado de su familia materna. Adrienne lo adoraba, lo quería y respetaba, y le profesaba su más profunda y entregada amistad, aunque los sentimientos de Kartal, como muchos sabían, iban mucho más allá. 'Ah, sí', decían todos; Kartal habría tenido a Adrienne, si no hubiese existido Gaspard.

Pues si bien Adrienne le entregaba a Kartal la paridad de su alma, su corazón se lo había entregado sin reservas a Gaspard desde el mismo día en que se conocieran. Dos años antes de aquel 1450, Gaspard había llegado a casa de Adrienne con su padre en calidad de fámulo, aprendiz de

cantero pese a que en aquellos tiempos solo contaba con ocho años, uno más que Adrienne. El padre de Gaspard, Simon Michel, era el más reputado maestro cantero de la piedra ornamental de cuantos hubo en aquella época en el sur del imperio franco. A él recurrían condes, obispos e incluso la realeza de ése y otros países, y a él acudió también el padre de Adrienne cuando quiso hacerse un nuevo escudo de armas para su palacete, como deseaba todo noble con posibilidades de la ciudad.

Y con aquella visita se labró un destino tan inesperado como irrevocable. Pues desde aquel día fue tal el cariño entre Adrienne y Gaspard, tan intensa su relación y la intimidad entre sus inocentes corazones, que nadie hizo nada por separarlos. Porque semejante pureza de amor solo podía ser obra y designio del Señor.

Por aquel entonces, días felices y tranquilos, los lugareños podían ver a menudo a los tres niños caminar juntos por la ciudad. El alto y moreno sobrino del Conde, el castaño ángel terrenal que era Adrienne y su inseparable Gaspard, que tenía los cabellos trigueños y los ojos de un marrón claro y acuoso, como oro líquido a la luz del sol, herencia de las primeras incursiones germánicas a aquella Francia tan lejana de la capital. Y mientras el resto del mundo era grande, desconocido y estaba repleto de males, aquellas almas puras jamás habían conocido el daño en su pequeña burbuja de paz y prosperidad.

Lo que la gente no sabía entonces es que el Mal acude cuando lo convocan, que escucha a quien se atreve siquiera a nombrarlo. Y tuvieron razón aquellos que opinaban que tanta felicidad no podía durar, que el Diablo, ángel caído por el peso de sus pecados, estaría celoso de la virtud y la inocencia que emanaba de aquellos niños. Y en aquel año de 1450 cernió sus garras sobre aquellas inocentes criaturas del rebaño celestial.

La madre de Kartal, que jamás se recuperó del horror en que se había sumido tras su regreso de Valaquia y se había convertido en una criatura frágil, expiró con los últimos rasgos de un invierno que había sido especialmente duro y cruel. Casi al mismo tiempo, como si hubiesen estado al acecho y la desgracia los hubiera llamado, los mensajeros de la lejana corte valaca llegaron al castillo del Conde para reclamar a Kartal en nombre de la familia paterna. Hacía tan solo tres años, decían, que Vlad III, había regresado de su encierro turco para ver morir asesinado a su padre Vlad II, el mismo que lo había entregado como rehén a Mehmet II. Vlad III era ahora un joven arrojado, afectado por su pasado, que reclamaba a los jóvenes hijos de Valaquia a su lado. Kartal era uno de ellos, y debía ser entregado. Al fin y al cabo, advirtieron cual si fuera una amenaza, el nombre del chico era Kartal Balan, no Kartal de Calhors.

El Conde no pudo ni se atrevió a oponerse a tan poderosos y peligrosos demandantes, y dictaminó que Kartal debía regresar junto a su familia paterna si bien siempre tendría, como su madre, abiertas las puertas de Calhors. Kartal así lo aceptó, meditabundo y educado, cuando le fue comunicada la noticia; su comportamiento era digno, como siempre, de un señor. Sin embargo, y pese a su serenidad aparente, la turbulencia de sus sentimientos creaba tormentas en su interior. En un mismo año, y el solo contaba catorce, le estaban siendo arrebatadas las únicas cosas que quería en el mundo: su pía y amada madre, y la pequeña Adrianne, más amada todavía si cabe.

La separación fue triste, y Adrianne derramó amargas lágrimas al saber la noticia. Ella jamás lloraba, aquella fue la primera vez. Y no sería la última, aunque sus lágrimas futuras no volverían a ser nunca tan inocentes, ni tan cristalinas.

—¿No tienes miedo de ir a ese lugar, Kartal? —le preguntó la tarde de la despedida mientras los tres niños,

acompañados por el aya Justine, atravesaban el puente viejo después de la misa catedralicia.

—No —dijo Kartal alzando la angulosa barbilla, antes de dirigir de nuevo su oscura mirada hacia la niña—. ¿Sabes qué significa mi nombre en mi otro idioma? Águila. Y yo soy valiente y listo como ellas. No pasaré allí mucho tiempo. Cuando sea mayor y me haya labrado un futuro, vendré a buscarte. Te lo juro —dijo muy serio.

—Jurar es pecado —murmuró Adrienne llevándose una mano a la cruz que colgaba sobre su pequeño corpiño.

—Yo no estoy jurando en vano —aseguró Kartal—. Te aseguro que volveré a tu lado.

«Aunque tenga que venderle mi alma al diablo», pensó por un breve instante. Y aunque eso no lo dijo el Mal, siempre atento, lo oyó. Y se regocijó en secreto, porque si era incapaz de obligar a nadie por causa del libre albedrío, podía en cambio seducir libremente a los que, desesperados, se dejaban llevar por la tentación.

Adrienne, ignorante del hálito demoníaco que ya los envolvía le sonrió, con sincera alegría, mientras seguía aferrada a la mano del confiado Gaspard. Ninguno de los dos acababa de entender el significado de las palabras de su amigo, pues ellos se sentían tan unidos, era tal la creencia de que su destino los mantendría siempre juntos, que no eran capaces de entender que alguien lo previera de forma diferente, especialmente Kartal.

Aquella noche Adrienne habló del tema con el capellán que la instruía en las escrituras sagradas. Estaban sentados en la amplia habitación que servía de aula de aprendizaje a Christian, el hermano mayor de Adrienne. Cerca de ellos el fuego echaba chispas y calentaba las paredes de piedra, sumando sus luces danzarinas a la luminosidad de las teas. El sonido rítmico del reloj de pesas del salón contiguo, un lujo que solo los más ricos podían permitirse, prevalecía sobre el resto de los murmullos del palacete.

—¿Y será verdad que existen los seres que vuelven de la tumba y beben sangre, padre Jacques? —le preguntó Adrienne.

Por aquel entonces se decía que la peste bubónica, que se enseñoreaba por media Europa, era causada por los incubos, seres infernales y temibles.

—No —respondió el hombre tras pensarlo largamente—. El Mal, el demonio, no necesita de esos seres porque se tiene a sí mismo y se sobra para cubrir el mundo de maldad y caos. Ni éstos, ni los duendes, ni los faunos ni todas esas criaturas imaginarias.

—¿Pero entonces qué es el Mal, padre Jacques? —le preguntó Adrienne con los ojos muy abiertos pues ella, tan candorosa, desconocía absolutamente la maldad.

—¿*Quid malum est?* —repitió el moje en latín, pasando los dedos sobre su copia manuscrita de la Biblia—. El Mal es aquello que se opone a todo lo que es bueno. El Mal es el enemigo de nuestro Señor, y está tan vivo como él aunque muchos se nieguen a creerlo. Ése es el mayor error de los mortales. El Mal es el demonio, el ángel caído que envía las pestes, las guerras, las inundaciones para sumirnos en la miseria. El Mal hace que nos veamos tentados a desviarnos del camino que nos llevará a las puertas de San Pedro. Y todos somos pasto para su fructificación, niña mía. Porque los humanos somos pecadores y débiles por naturaleza, como bien descubrió Jesús. Pero mientras nos mantengamos puros en la Fe de Cristo, accederemos al Reino Bienaventurado y el Mal no podrá alcanzarnos.

Adrienne asintió fervorosa, deseando ser un ejemplo de religiosidad. Y se sintió triste por el destino al que se veía abocado uno de sus mejores amigos.

—¿Qué le pasará a Kartal, padre Jacques?

El hombre apretó los labios. El rumor que hablaba del regreso del joven sobrino del Conde a las tierras de Valaquia se había extendido por todos los claustros de la ciudad.

—Kartal tendrá ahora la oportunidad de demostrar cuán fuerte es el amor por Dios que trató de inculcarle su pobre madre —dijo el sacerdote—. Pero tú puedes ayudarlo, Adrienne. Puedes pedirle a Dios en tus oraciones que cuide de su alma pura.

Adrienne asintió, decidida. Rezó entonces una plegaria fervorosa por el alma de Kartal, y se acostó.

—Por favor, Señor —dijo ya medio dormida—. Haz que Kartal pueda cumplir su juramento y regresar a nuestro lado.

Y jamás cometió mayor error, aquella niña inocente, que el de desear semejante cosa. Pero esto lo descubriría más tarde. Fuera, las sombras, vibraban con anticipación.

Mientras tanto Adrienne siempre echó de menos a Kartal, aunque con el paso de los años su memoria se fue tornando borrosa, alegre pero desvaída como todos los recuerdos de la más tierna juventud. Y tal como lo quería el destino, la amistad entre Adrienne y Gaspard se fue haciendo profunda y sólida, inquebrantable, transformándose poco a poco en un amor puro, fuerte y sin manchas que los sumía a ambos en la más profunda felicidad.

De nuevo la gente empezó a pensar que tanta dicha no podía ser buena y no podía durar, y de nuevo tuvieron razón en sus insidiosas suposiciones. Porque el Mal no es amigo de la alegría y nunca lo fue, y mientras Adrienne y Gaspard vivían sus vidas con la calma de quien conoce y agradece su venturoso futuro, Kartal creía llegado el momento de cumplir su juramento y planeaba su regreso a Calhors. Pero no volvería solo.

Y así fue cómo, dando paso a la leyenda, cumpliendo las temerarias e ignorantes expectativas de los villanos de

la ciudad, el Mal hizo acto de presencia en los alrededores de Calhors y se cernió sobre Gaspard y Adrienne.